

jada japonesa y, últimamente, dependencia del Instituto Nacional de Previsión.

Para formar juicio acabado sobre si este edificio responderá a lo que exige la Diputación Provincial de Madrid, es indispensable detenerse en el examen y estudio de lo que son y significan hoy las Corporaciones, con los fines y múltiples servicios que la nueva legislación les asigna. Las Diputaciones, desde la antigua división en provincias, de noviembre de 1833, hasta el Estatuto de marzo de 1925, fueron Organismos de tipo político administrativo de poco relieve en la estructura estatal, que se desenvolvían con evidente penuria económica, con escaso prestigio en el conjunto de la administración pública, hasta el punto de que en muchas ocasiones estuvieron en trance de desaparecer. No es extraño que con tan escaso contenido administrativo, con fines políticos que ahogaban las actividades de los Ayuntamientos, se las considerase como nidos de caciques y a veces fueran tachadas de perniciosas para la vida general de la Nación. Si a esto se une los escasísimos medios de que disponían hasta el año 1925, en que sus haciendas fueron dotadas con holgura, está plenamente justificada la poca confianza y el recelo que al legislador y a la opinión pública inspiraban estos Organismos.

Pero, afortunadamente, las circunstancias han cambiado en forma radical. Hoy las Diputaciones constituyen el centro motor de la vida administrativa de las provincias, sus actividades se extienden, no sólo a sus funciones específicas y tradicionales, sino que están llamadas a desenvolver importantísimos planes de cooperación con los pueblos de su jurisdicción. Se las pone a su cabeza administrativa y se las responsabiliza en el desenvolvimiento de la vida económica y funcional de tales pueblos. El mismo Estado las invita a tomar sus servicios, en particular aquellos que tienen trascendencia en la provincia, y las propone para que sobre ellas recaigan muchos fines estatales y sean las promotoras del futuro engrandecimiento y prosperidad de los medios rurales.

Ante este panorama, y sin olvidar que Madrid es la capital de España, sin pasar por alto que su Diputación preside la Mancomunidad de casi todas, se impone que la misma reúna emplazamiento y local con el ornato y la capacidad suficientes para llenar en forma todas estas funciones. Las esperanzas puestas en el nuevo edificio adquirido exclusivamente para esta misión, su emplazamiento en zona señorial, las reformas que en él se están ya realizando, las nuevas construcciones que se proyectan, hacen

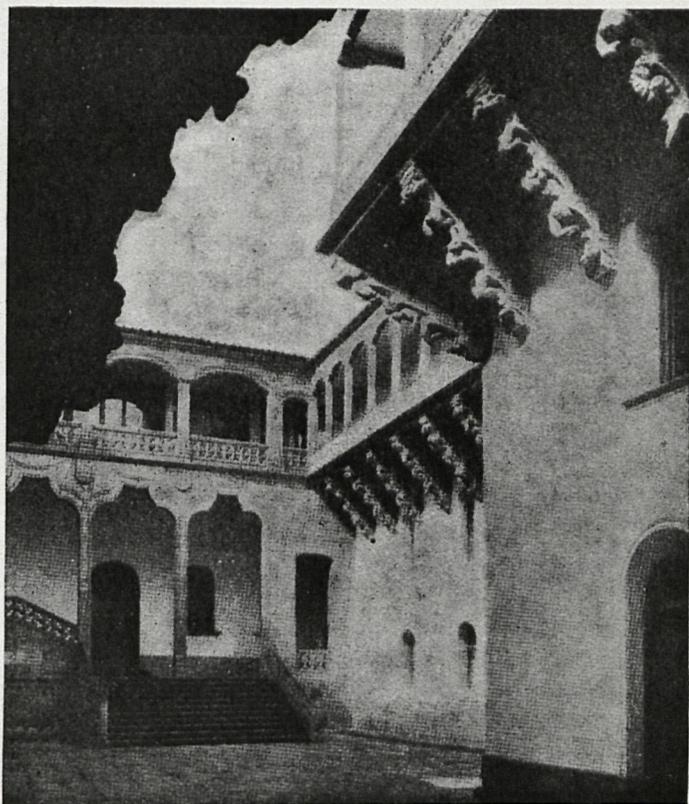
esperar que muy en breve la Diputación Provincial de Madrid disponga del local que le es indispensable.

No es necesario insistir en la importancia y trascendencia que las instalaciones y emplazamiento significan para la buena organización de las Oficinas en general y para la buena marcha de los servicios, cuya eficacia depende y está subordinada en gran parte a aquéllos. Mucho valen buenas Leyes y Reglamentos, inspirados en la más depurada técnica jurídico-administrativa, funcionarios competentes y dispuestos, además, a rendir el máximo esfuerzo; pero no se puede descartar la importancia suma, llegada la hora de actuar, de las instalaciones y de los locales indispensables, con las comodidades y medios precisos para que puedan rendir coordinadamente el trabajo que se les asigna.

Por estar todo esto sobre el tapete y en el preciso momento para solventar de una vez este importante problema que tan vivamente nos afecta, es interesante y urgente que todos pongamos nuestro mejor afán en tan vital problema, en la seguridad de que con ello habremos de contribuir a que la Diputación Provincial cumpla dignamente su cometido.

SINESIO MARTINEZ Y FERNANDEZ-YAÑEZ

Secretario general de la Excm. Diputación Provincial de Madrid.



*La Diputación Provincial de Salamanca está instalada en un bello edificio del siglo XVI, cuyo patio reproducimos en esta foto.*

# Romería en TORRELAGUNA

de vida que se advertían. La enseña nacional, ceñida a la forja de los balcones del Ayuntamiento, constituía el solicitario indicio de fiesta. Minutos después cambiaba el panorama por completo. En las calles convergentes en la plaza fueron apareciendo grupos de mozas y mozos ataviados con el típico traje de la región. Como si de antemano todos se hubieran puesto de acuerdo, llegaron casi juntos. En la expresión de su rostro había también enseña de fiesta.

Tampoco hay árboles en la plaza de Torrelaguna. Allí, a pie firme, familiarizados con los rigores del sol, estuvieron esperando a los grupos de las comarcas cercanas: Braojos, El Berrueco, Sieteiglesias, Lozoyuela, Buitrago, Montejo de la Sierra y Valdemanco. Van llegando poco a poco. Unos traen noticias de otros:

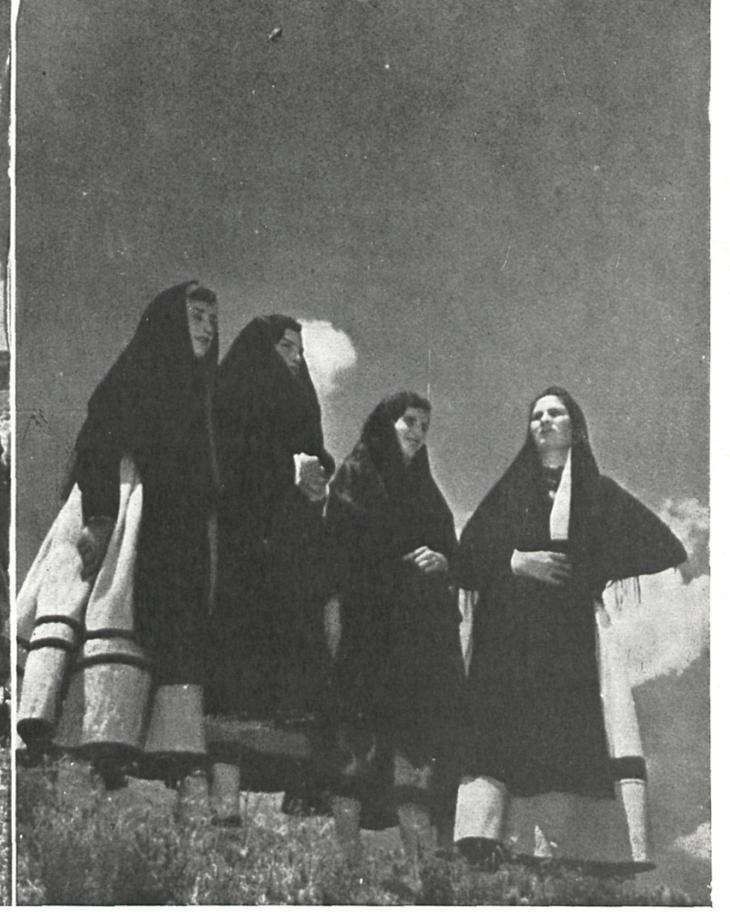
—A los de Montejo se les ha estropeado el camión...

Por aquí pasó Santa María de la Cabeza, camarera y ermitaña de la Virgen de la Piedad.

Ahora se proyecta levantar un gran Santuario Nacional de Campesinos en honor de San Isidro.

**P**ARA las mozas y los mozos del partido de Torrelaguna el domingo pasado no fué un domingo más: fué el domingo de la Romería de Santa María de la Cabeza y San Isidro Labrador. La fiesta no tiene fecha fija; depende del tiempo, como las cosechas. Los labradores entienden muy bien el cariz que presenta el tiempo. Por eso los labradores de Torrelaguna eligieron un domingo de junio para celebrar su romería. Acertaron. Un sol de justicia amenazaba con asar las espigas de los triguales. Las amapolas pugnaban por aparentar una lozanía que estaba bien lejos de tener. En el horizonte, ni una sola nube. Así Castilla es más Castilla.

La plaza de Torrelaguna no tiene fuente. ¿Dónde se encontrarán las mozas para hablar de sus cosas? A las diez de la mañana la plaza presentaba un aspecto casi desierto. Unos niños muy endomingados y el clásico perro husmeando por aquí y por allá eran las únicas señales



Las clásicas rivalidades entre los distintos pueblos son aprovechadas con este motivo. Surge la broma y se lanzan puyas, pero todo tan sano como sus naturalezas. La ironía, que siempre esconde hipocresía, es aquí sustituida con la broma desnuda, sin circunloquios, en plan sincero. Los campesinos, oficialmente, sólo se divierten una vez al año, y hay que aprovecharse. Luego, todos estos incidentes servirán de tema para recordar en tantas jornadas como les separa de la fiesta del año que viene. El simple detalle del accidente del camión servirá de referencia para dilucidar en cualquier cuestión:

—¿Te dijo que fué el año en que a los de Montejo se les estropeó el camión en la carretera? Me acuerdo muy bien. ¿No es verdad, galán?

Ya de camino hacia la ermita de Nuestra Señora de la Piedad, hoy en ruinas y en donde en tiempos estuvo enterrada Santa María de la Cabeza, es fácil advertir la rotunda y contundente identificación del paisaje con los motivos que componen la romería.

¿Qué a tono de severidad del paisaje con la de los trajes? La nota detonante de una falda, de un lazo rojo, tiene su réplica natural en las amapolas. Y así todo. Tan natural como el ambiente, el rostro de las mozas sin la más leve señal de maquillaje. Aquel añoroso olivo se identifica con el rostro de la anciana; el pardo de una zamarra, con el del altozano...

Con los romeros sube la moza y el mozo que este año han sido designados para representar a los santos patronos. La categoría de que han sido investidos no lastima en absoluto su sencillez. Parece como si con su actitud se disculpara de su significación en un mudo: «Otro año seréis vosotros». El sol arrecia a medida que avanza el día. La subida desde el Huerto Mesino hasta el cerro en que está situada la ermita pone una nota de serpenteante colorido. Visto desde arriba parece una divisa de mil colores colocada en el lomo de Castilla.

Adosado a uno de los muros de la ermita, los monagos de la parroquia de Torrelaguna van colocando el altar de campaña. La romería ha

llegado a la ermita. Mientras empieza la misa, los grupos se dispersan entonando coplas alusivas a los santos patronos. Tan ingenuas son las letrillas como los instrumentos que tañen los músicos. Una botella de anís y una cuchara, una ristra de huesos de res y una esquirra sirven para acompañar a los copleros. Todos los grupos rivalizan por esmerarse. Después de la celebración de la misa, cuesta abajo, la romería se dirige al Huerto Mesino, a orillas del Jarama. Se va a bendecir un hito con la inscripción siguiente: «Por aquí Santa María de la Cabeza pasaba el río, cumpliendo sus deberes de camarera y ermitaña de la Virgen de la Piedad. Estos lugares fueron testigos de su fe y devoción, y vinieron sus milagros. Bendecido en la Romería el día 29 del 5 de 1955».

A la sombra de los chopos, sobre la hierba, los romeros dan buena cuenta de sus respectivas «meriendas». Corren las viandas de grupo en grupo. El vinillo, de la tierra, casi tan claro como el agua, se hace embajador de los distintos pueblos. Las botas corren de mano en mano. El yantar hace silencio. El Alcalde de Torrelaguna expone a su grupo una idea, producto de su constante actividad. No se conforma tan sólo con reconstruir la ermita; quiere que en ese mismo lugar se levante un gran santuario —el Santuario Nacional de Campesinos— para que de todas las regiones españolas vengan a rendir pleitesía a San Isidro, su Santo Patrón.

Las amapolas, ya marchitas, han ido desapareciendo de entre los trigales, vencidas por el calor. Para que el conjunto no pierda esa armonía que le caracteriza, las mozas se levantan, y sobre la hierba, acompañadas por sus parejas, empiezan a trenzar los pasos de las danzas típicas. Se forman corros y al aire se van lanzando copla tras copla. Cuando cae la tarde todo está tan lozano como ese manojo de espigas verdes que la moza que representa a Santa María de la Cabeza lleva en la mano atada con un lazo rojo. Ha pasado el domingo, y con él la romería. Pero no todo ha terminado; ahora se empieza a recordar.

JOSÉ LUIS QUINTANILLA

(Reportaje gráfico de Leal.)



**N**I el Recoletos de hoy es el de los días de Luis Taboada, ni el de entonces conservaba vestigios de lo que había sido cuando el palacio del duque de Sexto ocupaba la esquina de la calle de Alcalá y el paseo del Prado, donde ahora se alza el Banco de España. Era una de las salidas de Madrid, con una puerta construída en el reinado de Fernando VI, y aún mejor que el de puerta le cuadrara el nombre de arco al monumento ornamental formado por cuatro columnas dóricas, rematadas en un frontispicio triangular, que daba paso a la Castellana, el solitario paseo que se llamó Delicias de la Princesa. Gustaba a la reina gobernadora en los primeros días de su viudez llevar allí a jugar a sus hijas Isabel y María Luisa Fernanda, y como el Real Conservatorio, a ella debió

Madrid esa magnífica avenida que ahora desemboca en la moderna plaza de los Nuevos Ministerios. A sus instancias, acometió las obras el corregidor Barrafón, y plantadas algunas calles de árboles y explanado el lugar en que jugaban las princesas, quiso María Cristina alegrar aquel paraje con una fuente que recordase el natalicio de la pequeña Isabel II. Sencillamente, una mañana de octubre de 1833, once días después de la muerte de Fernando VII, comenzaron las obras del obelisco ideado por el arquitecto Mariátegui, con asistencia de la reina y escaso séquito cortesano. Y al poner la primera piedra, Barrafón vaticinó a la soberana:

—Señora: El día memorable en que hace tres años vió la luz primera la reina Isabel II, es consagrado a poner la primera piedra de este monumento que, habiendo de ser fuente, no se alzaré ya estéril simulacro de ostentación, sino objeto perenne de utilidad pública.

Recoletos de la época isabelina, arbitrario y romántico, sin guardias de tráfico, sin estrépi-



*He aquí el obelisco inaugurado por la Reina María Cristina que, primeramente, estuvo emplazado en la Castellana y ahora lo está en la plaza de Manuel Becerra. El corregidor Barrafón, al poner la primera piedra, hizo este vaticinio, que todavía no se ha cumplido: «Señora, este monumento, que ha de ser fuente, no será simulacro de ostentación, sino objeto perenne de utilidad pública.»—(Foto Leal.)*

to de motores y sin olor de gasolina. De la Cibeles a la Casa de la Moneda y al palacio de Indo. A la derecha, una calle de árboles no sometidos aún al hacha municipal; los palacios de Salamanca, del marqués de Remisa, del banquero Campo. Otra calle de árboles a la izquierda, casi siempre desierta, con franja de piedra endiabladamente puntiaguda. La calzada. Los jardines del antiguo convento de San Pascual. El palacio de Ardanaz. La fuente del Tritón, construída a fines del siglo XVIII, arrinconada en el Jardín de las Delicias, punto de cita de costureras y doncellas de labor aficionadas al baile. El famoso taller de coches, la tapia de las Salesas Reales y, al final, el establecimiento de baños, rodeado de arbustos selváticos...

Pasan los años. Recoletos muda su fisonomía bajo la gestión edilicia del duque de Sexto, alcalde de la Villa y Corte con el ministerio O'Donnell. Desaparece la edificación estorbosa y adquieren forma regular los jardines que el presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, don Agustín Pascual, ha tomado a su cuidado. Comienza la construcción de los palacios modernos. En el Teatro Circo, copia exacta del de la Emperatriz, edificado en los Campos Elíseos de París, oye Madrid la música de los grandes maestros, y el Circo de Price está dedicado a la exhibición de fieras. Los elegantes patinan en el estanque del palacio de Liria; asisten al estreno de «Jugar con fuego», «El dominó azul» y «El grumete», y bailan en la Zarzuela a beneficio del Asilo de El Pardo. Y las noches estivales Madrid hace su tertulia en el Salón del Prado, iluminado por treinta y tantos abanicos de gas.

—¡Merengues y agua fría!

—¡Como la nieve!... ¡Como la nieve!

Cerca de las mamás, en acecho permanente de posibles yernos, hacen grupo las niñas casaderas y los galanes mariposones.

—¿En qué se parece un músico a la Lotería?

¿Lo sabes tú, Sebastián?

—Soy muy torpe, Paquita.

—¿Y tú, Cayetano?

—En que toca.

—¿Y una levita al sol?

—En que se pone.

—¿Y una mujer guapa a una monedita de dos escudos?

—En que está más expuesta a perderse que las demás.

—¡Qué listo eres, Cayetano!

—No lo creas, Sebastián. Eso es que ha leído esta mañana *La Guirnalda* y se aprendió bien las adivinanzas del periódico.

—Te aseguro que no. Toda mi sabiduría viene de ti; en cuanto me miras, te leo el pensamiento en los ojos.

Comadorean las señoras maduras y los caballeros cotorrones.

—Está encantadora su chica, doña Presentación...

—¿Verdad que sí, don Amaro?

—Con los cabellos trenzados, festoneado el semblante por los velitos blancos y con esos colores...

—Suyos y muy suyos, don Amaro.

—Lo sé, lo sé. Nuestras mujeres no han tenido hasta ahora el feo capricho de embadurnarse con el colorete aceitunado de moda en París. Si las francesas quieren parecer indias sonrosadas, no les alabo el gusto a los franceses.

—Y que lo diga usted, don Amaro. De París no le envían a mi niña más que los trajes y los sombreros.

Suspira el viejo pisaverde y llama a la alojera.

—¿Un refresco, doña Presentación?

—No vendrá mal, amigo mío, aunque me dé flato luego.

No. Ni Recoletos ni el Prado son lo que fueron, ni está ya en su sitio el obelisco conmemorativo del natalicio de Isabel II. A principios de siglo, el alcalde de feliz recordación don Alberto Aguilera, hizo demoler el monumento y en su lugar fué erigido dos años más tarde el de Castelar. Pero aún mucho después, los tranvías que iban y venían entre San Francisco y la Castellana, llevaban en su tablilla el nombre del obelisco, que, puesto en pie de nuevo en la plaza de Manuel Becerra, preside el desfile de los cortejos funerarios. Y nadie tiene memoria de que el vaticinio del corregidor Barrafón se haya cumplido alguna vez. De lo que Mariátegui concibió como fuente, nunca han visto los madrileños manar una gota de agua. Y está hoy donde está, mientras no lo lleven a otro sitio, que bien pudiera ser, pues tanto cambian las cosas como los tiempos en esta Villa del oso y el madroño.

M. BARBEITO HERRERA